

POLÍTICA INTERNACIONAL

LAS ILUSIONES DE LEÓN Y CASTILLO

La rebelión de Bu-Hamara contra la autoridad del Sultán y las ambiciones de las grandes potencias europeas, Inglaterra y Francia muy especialmente, en el Norte de África, dan carácter de actualidad a la política internacional, de la cual tan apartados estamos desde el día en que se firmó el desastroso tratado de París.

Europa tiene sobre su mesa de disección a Turquía y a Marruecos, y cada vez que se toca al segundo de estos países, fuerza es que se acuerden los operadores de España que tiene en él derechos, territorios y aspiraciones.

Cuanto se relaciona con los asuntos africanos es delicadísimo. Elegida África como terreno de expansión comercial por las grandes potencias, en su campo se ventilan trascendentes intereses; y a los individuos como a los pueblos conscientes, les apasionan esos combates más que las luchas de taifas que aún privan en España. Así no es extraño que Inglaterra estuviera dispuesta cuando lo de Fashoda a la guerra, como está hoy preparada, según declaración de Balfour, a serios sacrificios por someter Somalilandia y castigar al mullah; en Francia producen los desvíos de Menelik a su representante en Abisinia, y la excusa de asistir a la inauguración del ferrocarril de Djibouti, serio disgusto; Rusia, legítimamente ambiciosa, construye magnífico hospital en Addis-Abeba, morada del Negus, para aprovecharse de la influencia que da la riqueza, mostrando que sin tener posesiones en África, allí como en el resto del mundo ha de contarse con ella; se aprovechan los alemanes de la conferencia de 1885, y con un pie en Zanzibar, otro al Sudoeste y la vista en Marruecos, son potencia africana; y Turquía y Bélgica y Portugal e Italia, cuidan la más humilde planta de su jardín en África, asidas a la existencia con un porvenir por delante.

Pero a los pueblos que interesa más el problema de Marruecos son, indudablemente, a Francia, Inglaterra y España, y estas tres naciones se han ocupado recientemente de su respectiva situación, pudiendo nosotros decir algo de los tratos y contratos habidos.

Tienen nuestros ministros de Estado concepto de la discreción y reservas diplomáticas especialistas. La costumbre de no intervenir en ningún asunto importante les habría al silencio, y en el cómo de holgar de su existencia ministerial no hacen declaración alguna, adquiriendo con ello mérito para el título de graves y encontrando quien por ello los disputa por hábiles y entendidos negociadores. Aquí, donde hemos tenido ministros de Estado y embajadores que no hablaban francés, y siendo verosímil la frase que se le atribuye a uno de ellos, que interrogado por el Soberano en audiencia de despedida acerca de su ocupación cuando regresara a Madrid cesante le dijo que en España abriría *son buffet*, lo cual prueba en cuantos negocios interviene personalmente se reserva, como oro en paño, el resultado de negociaciones conocidas en el extranjero y ni siquiera se encauza a la Prensa para que prepare la opinión, como se hace cuando se adopta un plan en todos los países del mundo. Pero, a pesar de los pesares, algo conocemos que puede ser interesante.

En los últimos meses del Gabinete Sagasta, nuestro embajador en París, deseoso de acreditar la influencia que en las esferas gubernamentales francesas disfrutaba, intentó con el ministro francés de Negocios Extranjeros convenir algún beneficio para España en lo que se relaciona con Marruecos. El presidente del Consejo de ministros y el duque de Almodóvar fueron los únicos que, conociendo las intenciones del Sr. León y Castillo, las aprobaron.

Francia, que debía saber como pocos la situación de Marruecos, y a la que seguramente no ha extrañado la rebeldía de los súbditos de Abd-el-Aziz, celosa de la influencia inglesa cerca del Sultán, deseaba no tener estorbos cuando llegara el caso esperado de una intervención en el Moghreb; y aunque España es poca cosa en la balanza internacional, pensaron en el Quai d'Orsay que podríamos, por nuestra propia pequeñez, servir de pantalla para sus ambiciones de extensión territorial hasta el Muluya, sueño dorado del Ministerio Combes. El marqués del Muni oyó haber puesto una pica en Flandes al ser oído por Delcassé y viendo la facilidad con que éste accedía a no dar un paso en la cuestión de Marruecos sin contar con España.

Así vino nuestro embajador de satisfacción desde París a comunicar personalmente a su jefe político, el Sr. Sagasta, el resultado feliz de sus gestiones, y los ministros liberales oyeron en Consejo, muy complacidos, los hábiles manejos de nuestro prestigioso representante diplomático.

Pero no debió Francia, a fines de verano, ver las cosas claras para sus propósitos a pesar de nuestro concurso, y como Inglaterra, en cuanto alguna potencia europea pretendía intervenir en Marruecos intentó ocupar Tánger, pensaría el ministro francés, juzgando por sus hechos, que era aventura expuesta intentar nada sin la conformidad inglesa. Por ello se insinuó cerca de lord Lansdowne, como ha publicado el *Times* el día 2 de Febrero del año actual, con protestas tan débiles de la Prensa francesa, que más bien son confirmaciones.

Paréciese bien en Foreign Office la iniciativa francesa, olvidada de antiguos resentimientos, renovados no hace mucho; pero no queriendo el Ministerio Balfour aceptar compromiso cerrado, mostrando su satisfacción por el paso de Delcassé, excojó más concreta respuesta, alegando estar atareadísimo con la pacificación del Sur de África y el enredo de Venezuela, en que les había metido el Kaiser.

tanta como su candidez aceptando ingeniosas explicaciones póstumas de Delcassé, hombre de pupila, a pesar de los lentes que usa. El marqués del Muni tuvo que resignarse a la mala pasada y a que en el seno del actual Gobierno se discutiera su gestión y hasta se hablara de sustituirlo.

Tampoco reina entre el Sr. Silvela y su ministro de Estado conformidad en cuanto atañe al fondo de la conducta que debe seguir España en Marruecos, que el primero no ha olvidado sus famosas declaraciones de hace año y medio en su artículo de la *Lechura*, ni el antiguo posibilista oculta entre sus íntimos la necesidad de entenderse directamente con Inglaterra, que tan leal fué en sus alianzas con España.

Si aquí los asuntos internacionales pudieran provocar crisis (ni cuando la guerra de los Estados Unidos, a pesar de la diferencia de opiniones en el seno del Consejo, se planteó), una modificación del Ministerio determinaría orientación fija en esta grave cuestión; pero nosotros sabemos que el Sr. Silvela, influido por la nirvana escéptica, está dominado por gran pesimismo, y la única aspiración suya en el asunto de Marruecos es conseguir, como supremo favor, que antes de resolver nada las potencias, nos escuchan.

No es mucho. Tal vez lo consiga; pero no tememos que, sabedores los Gabinetes extranjeros de que al frente del Gabinete español está un creador afortunado de frases, lanzador de ironías y epigramas, que tiene por lema de gobierno el que le hemos de hacer de los últimos tiempos canovistas, recuerden un concepto de Silvela y nos oigan... pero no nos escuchan.

A través del mundo

Es curioso saber el tiempo que los novelistas emplean para escribir sus obras.

Zangwill escribió su primer libro en cuatro noches.

«El Crucifijo», de Crawford, fué escrito en ocho días pero «Via Crucis» en ocho meses.

Tolstói hace sacar hasta ocho copias de sus manuscritos.

La Prensa alemana, manifiesta lo hondamente que preocupa a la opinión la muerte misteriosa del Príncipe de Stolberg.

La convicción de que se trata de un suicidio aumenta de día en día.

Hácese notar, para probarlo, que la muerte del Príncipe ocurrió pocas horas después de haber sido abierto el testamento de su padre, el Príncipe Alfredo.

Y algún periódico ha llegado a afirmar que en dicho testamento se limitaban considerablemente las facultades gestoras del Príncipe de Stolberg, a causa del desequilibrio intelectual que éste venía sufriendo desde hace algunos años.

Con motivo de haber entrado M. Loubet hace pocos días en el quinto año de su presidencia, hace notar un periódico que esa es la fecha crítica de los presidentes de la República francesa.

La estadística, a veces cruel, demuestra, en efecto, que la duración media de permanencia en el Eliseo de cuantos jefes de Estado se han sucedido a partir del 4 de Septiembre, es de cinco años.

Chirac ejerció dos años y medio la magistratura suprema; Mac-Mahón, cinco años y ocho meses; Grevy, ocho años y diez meses; Carnot, seis años y siete meses; Perier, seis meses; Félix Faure, cuatro años y un mes.

Los griegos dedicaron un templo a un dios desconocido; pero más extraño es todavía el que se construya ahora otro en honor exclusivo del millonario americano Mr. Carnegie.

Después de haber fundado y enriquecido tantas bibliotecas, ha soñado Mr. Carnegie hacer algo mejor: el Palacio de la Paz.

Desa ofreció al viejo mundo y proyecta levantar sobre una extensa llanura que pertenece a la familia ducal de Sajonia-Weimar.

Tales son las preciosidades y tantos los tesoros que ha de contener el espléndido Palacio de la Paz, que es de desear que la gente no se pegue por visitarle.

En Washington se habla mucho de cierta herencia, cuya historia parece arrancada de las páginas de una novela.

Un marino americano, David O'Keefe, único naufrago sobreviviente a la pérdida de su navío, alcanzó la costa de la isla Yap, habitada por antropófagos.

O'Keefe supo agradecer a éstos, se casó con una de tales mujeres y llegó a ser jefe y sucesor del rey de los terribles salvajes.

Estaba casado en América con una virtuosa mujer, a la que, lejos de olvidarla, remitía, de tiempo en tiempo, grandes sacos de dólares obtenidos en el comercio con Manila y Hong-Kong.

O'Keefe acaba de morir; su primera mujer reclama la herencia, que se eleva a 15 millones de francos; pero la segunda mujer, reina de la isla Yap, se opone a ello.

El caso no puede ser más extraño: bigamia y canibalismo.

CRONIQUELLAS

LOS FUERTES

Días pasados, la Empresa de tranvías presentaba al alcalde una solicitud que puede reducirse a esta pregunta:

—¿Se puede matar?

Desahaban «los señores» que se concediese a los tranvías el uso de la velocidad que empleaban antes. Y el alcalde, con muy buen acuerdo, negóse a tal pretensión.

El negocio de la Empresa no consiste, por lo visto, más que en ir deprisa, en hacer muchos viajes y en atropellar al prójimo.

Suponiendo que sean próximos de los empresarios aquellos que tienen el buen gusto de andar a pie, haciendo un ejercicio saludable...

Los seres superiores, los varones fuertes, no se preocupan, naturalmente, por tales bagatelas.

Valle mucho menos la vida de un hombre que el arreglo de un asunto mercantil. Como si todos los que van en el tranvía no llevasen otro propósito.

Y como la Empresa presume que las relaciones comerciales deben marchar con una velocidad semejante a la de los tranvías, de ahí la piadosa solicitud.

¿Qué representa un hombre que va en tranvía? Un negocio. ¿Qué indica un hombre que va a pie? Nada, o casi nada.

De las señoras, que son las que generalmente llenan esos vehículos, nadie se acuerda; pero, ¡a alguna parte irán!

Los hombres debemos aspirar a ser tan fuertes por lo menos como el tranvía... Es un ideal enanador.

Pero nosotros, creyendo que todos los seres tienen derecho a la vida, felicitamos por sus «rancias» ideas al alcalde, que niega el permiso para matar.

No podemos prescindir de estos pensamientos anudados. Los tranvías deben ir despacio, como van los coches de alquiler, como deben ir por las calles los automóviles.

Para lograrlo, no basta la amenaza de las multas, ni el derecho de inspección que se concede a los viajeros.

Lo más eficaz, a nuestro juicio, sería colocar las manivelas de modo que no pudieran pasar del número cuatro, que es la velocidad deseada.

Es de sentir los contratiempos que a la rica Empresa le aguarán; es de lamentar también que todas estas cosas sucedan por el afán de proteger a los débiles; pero no hay otro remedio.

Mientras los niños y los ancianos tengan derecho a salir a la calle, contribuyamos a que se reduzca un poco la bolsa de los fuertes; la bolsa de los accionistas, que son los que tienen verdadera fuerza...

F. DURANTE

JUVENTUD

Fué la de anoche noche de exhibición simpática de nuestra juventud intelectual. En el Ateneo, Pérez de Ayala, Urbano, Maeztu, interviniendo en el debate de la Memoria del Sr. Ovejero acerca de la «Influencia de la novela en la sociedad». En la Academia de Jurisprudencia, López de Saa, Valentín Gamazo, Tabernilla y Benítez de Lugo, examinando la Memoria de otro joven del Sr. Ruiz de Cretalaba (D. Alfonso), sobre el «Contrato del Trabajo». En la Juventud Democrático-Radical, Gómez de la Serna, León, Marín de la Cámara, Zancada, Donoso Cortés, Zapata y Pons, exponiendo conceptos políticos admitidos liberalmente en su espíritu generoso.

Fué buena noche la de anoche, porque aun con excepciones que se podrían registrar para condenarlas, nuestra juventud intelectual dió gallardas muestras de vida, festividad, de lo que quiere una patria mejor por el común estudio y el general esfuerzo, y a tal pensamiento entregan sus energías y donan sus entusiasmos.

Podrán estar, vuelvo a decirlo, equivocados sinceramente, o aparecer equivocados por ansia de disculpable exhibición y anhelo legítimo de no olvidar; pero es lo cierto que, en esta juventud que hasta hace poco no aparecía por ninguna parte, ahora acuden a los Centros de cultura y propaganda, aportando el caudal de lo que aprendieron, y lo que es más de estimar, el tesoro de su espíritu generoso y de sus frescas energías, empieza a dar testimonios muy dignos de ser estimados, muy merecedores de pública consideración.

En esta torzosa renovación de la Patria, en esta necesaria nueva orientación del alma nacional, búsquese por todas partes, como cosa imprescindible, el calor de la juventud, el eco de sus aspiraciones, la fuerza positiva de sus alientos, que puede ser engendradora de grandes ideales en lo porvenir, y que ha de ser su más fuerte apoyo y su mejor puerto de refugio. La juventud, débil o medrosa, no asomaba por parte alguna o se mostraba expectador indiferente de la actividad nacional.

Hoy, nuestros jóvenes, cambiando de rumbo, empiezan a intervenir en la vida pública, y lo analizan todo y todo lo examinan y todo lo discuten... ¿Quizá este nuevo estado de cosas haga necesaria la edificación de un muro que contenga en sus justos límites la poderosa corriente?

Pero, por lo que de momento significa como renovación del alma de la Patria, no cabe, dentro de los límites de la conveniencia y el bien público, sino saludarla con amor y alentarla con entusiasmo. Inviténganos los llamados a ello el deber de dirigirla con acierto.

FÉLIX DE MONTEMAR

LECTURAS PARA LA MUJER

MISCELANEA DE LOS JUEVES

Un caso curioso y que puede considerarse como triunfo femenino, es la importancia que un académico de ciencias da a la *toilete* de las mujeres. El ilustre inventor de la teoría de los colores, el venerable Chevreul, no desdichó aplicar a la moda su ciencia, relacionando su teoría con los colores de los sombreros.

Sus conclusiones acaban de ser exhumadas por el sabio M. Berthelot y son de una ingenuidad deliciosa. Dice así:

«Un sombrero negro de plumas ó de flores blancas, rosas ó rojas, sienta bien a las rubias; pueden llevarlo las morenas, pero no es de tan buen efecto; también puede añadirse flores anaranjadas ó amarillas...»

El sombrero blanco mate sólo conviene a las caras blancas ó rosadas; la morena que se pone un sombrero azul no puede pasar de accesorios anaranjados ó amarillos. El sombrero verde hace valer las encarnaciones blancas ó dulcemente rosadas. El sombrero rosa no debe acercarse a la cara, separándolo bastante con los cabellos ó por un adorno blanco, ó mejor, verde...»

Científicamente no hay nada más exacto, y estas combinaciones dan a una figura humana su máximo de intensidad.

Pero el sabio no nos dice que la intensidad no puede ser el efecto principal que se busque en el adorno. La belleza de la mujer no es igual a la del arco iris, y es preciso cuidarse de no realizar en esta parte la teoría de los colores...

En contraposición con la amabilidad de este sabio, los antropólogos son decididamente muy prácticos y poco galantes. Ya Gall dedujo del estudio del cerebro la inferioridad femenina; ahora, otro hombre de ciencia acaba de descubrir que el corazón de las mujeres es sensiblemente más pequeño que el de los hombres.

Para demostrar su tesis hasta se atrevió a dar cifras precisas: el corazón femenino tiene, por término medio, sesenta y seis centímetros de superficie, pero el del hombre mide ochenta y dos centímetros.

Esto invierte todas nuestras ideas sobre la superioridad de los corazones femeninos. Sólo observaremos, sin embargo, que el profesor no ha medido más que la cantidad, sin ocuparse para nada de la cualidad... Es el consuelo que nos queda.

Guy Chantepleure es una escritora que ha obtenido toda clase de éxitos literarios; sus novelas *Francesas de Abril* y *Ma conciencia en rojo* fueron premiadas por la Academia Francesa y por el favor del público.

En *Amalia femenina*, que acaba de publicar, ha penetrado con insinuante dulzura en el corazón de la mujer, y pretende demostrar que la vida de la

campesina es más propicia a la felicidad que la vida de las ciudades.

Guy Chantepleure tiene un apellido simbólico, pues puede traducirse *canto llorado*. Su estilo es

tan seductor, que poetiza las páginas más sombrías y los dramas más violentos.

El talento de madame Brada se ha distinguido en diversos libros, y su última producción, *Como las otras*, no desmiente su título.

La nueva novela de Brada es notabilísima; en ella se desarrolla un bello carácter de mujer. Hay en el libro un drama que emociona y un estudio psicológico muy poderoso, siendo el estilo digno de mencionarse por su galanura.

Para terminar, daremos una nota extraordinariamente simpática: Las jóvenes belgas han organizado en Varenhem una Asociación, presidida por mademoiselle Flaba, cuyo objeto es la lucha contra el alcoholismo.

El alcohol es, en efecto, una causa de degeneración y de miseria orgánica; pero sólo en los borrachos y los borrachos en España, aun siendo muchos, son infinitamente menos que los hambrientos, y el hambre es un veneno orgánico, un veneno social infinitamente más virulento que el alcohol; por virulento que éste sea.

La fórmula «un hombre un litro», aplicada en nuestro país le modificaría profundamente, tan profundamente que al cabo de un par de años no habría quien nos conociera; andaríamos gordos y lucidos, alegres y satisfechos, ganaríamos en actividad, que es fuente de dinero y en dinero que es hijo de la actividad y el nido del alcohol, como de todos los excitantes usados como puer y medida, y podríamos coronar de pámpanos a la matrona con que nos retratan en las alegorías, sin que nadie tomara a mal el aditamento.

Pero esa fórmula es, naturalmente, irreizable mientras no varíen las condiciones económicas en que vivimos; dar a cada hombre lo necesario, vino ó pan, carne ó huevos, es hoy por hoy imposible; para que dejara de serlo sería necesario trabajar mucho y con mucha fe; por eso es la última que se pierdan las fuerzas en tareas de menes importunidad, y que del uso del alcohol atendamos más al aspecto patológico que al fisiológico. Bueno es que curemos a los enfermos, pero es mejor que coloquemos a los sanos, que son los más y los más fuertes, en las mejores condiciones para que no lleguen a enfermar.

Gran problema es el del alcoholismo, es más urgente el de la alimentación; es lamentable que algunos beban demasiado, pero es más lamentable aún que haya quien no lo tome.

COLOMBINE

Los franceses han descubierto ahora, un poco tarde quizás, que su raza está en camino de perder dos cualidades encantadoras: la fuerza y la virilidad. El gallo galo era bebedor de vino, y la falta de moderar caro a los divinos dioses que sabían hacerlos humanos por sus vicios, hace de su canto, antes resonante y bello, como las notas agudas y brillantes de un clarín de guerra, un canto lúgubre, monótono, con dejos de salmodia. Francia se entristece, y culpable de ello son las Sociedades de templanza que, excediéndose en su misión redentora, se han permitido lanzar al mar puro regocijo de Neptuno la llave de las bodegas galas.

Nadie debe en Francia, nadie, sino los alcohólicos a quienes la propaganda contra el alcohol pretende curar; el remedio preconizado desde tantos pulpitos, no es remedio, y produce, en cambio, una nueva enfermedad. La melancolía lleva también como el alcohol a la locura, y si al cabo hemos de parar en poner un manicomio en cada esquina, más vale que lleguemos a sus puertas cantando y riendo que no gimiendo y llorando. Mejor es que el gallo francés enloquezca de abito, que no de ayuno; si al fin ha de morir, cuanto más alegre viva, menos nos entristecerá; *cras enim morietur*, dijo el sabio; pero antes y por eso es necesario beber, reír y cantar.

La fisiología, ¿quién lo duda?, es una gran ciencia; pero los fisiólogos no son tan indistintamente unos grandes sabios; no hay que tomar sus enseñanzas como dogmas, ni menos hay que extremarlas para convertir las en norma de vida; suelen los cultivadores de la biología contradecirse, y en tal situación lo prudente es colocarse en el socorrido término medio: ni dejar que la embriaguez crónica nos ponga en camino del *delirium tremens*, ni privarnos de beber y ponernos por templados a dos dedos de la hipocondría; es decir, hacer lo que a cada uno pudo dictarle su sana razón sin mezcla de ciencia aludida.

En esto, como en todo, está por cima de todas las filosofías humanas la noble ciencia del sentido común.

Cierto que los fisiólogos no son culpables de lo que en Francia ocurre; ninguno de ellos aconsejó, y menos de un modo rotundo y terminante, la proscripción del vino; y si los franceses dejan ahora sus copas llenas y prefieren al sagrado néctar de las cepas las aguas minerales, más es por influjo de la tiranía moda, que también ejerce dominio en los campos de la medicina y de la higiene, que por méritos de consejos sabios y prudentes.

La afirmación rotunda de Duclaux, que revolucionó por el momento a los franceses no es nueva; y si se examina su fe de bautismo, se verá que es coetánea de su antagonico; el alcohol es un alimento—dice Duclaux,—y eso debió decirse por primera vez cuando alguien, con sobrada razón, afirmó categóricamente que el alcohol era un veneno.

Y es claro que una contradicción entre uno y otro teorema; cosa análoga pudo darse en casi todas las fuerzas naturales de cuyo ordenado flujo resulta la vida: del calor mismo, sin el cual la vida es imposible; pero que mata cuando llega más allá del punto extremo que cada ser puede resistir. Lo difícil está en precisar ese punto, y en tener voluntad suficiente para mantenerse lejos del alcohol que se empuja en atraernos.

Ningún argumento de los formulados contra el alcohol va en definitiva contra el alcohol mismo, a lo menos contra el alcohol de vino, el único alcohol aunque la ciencia en sus afanes taxonómicos y de último análisis, diga otra cosa; van contra los falsos alcohólicos, contra los alcohólicos quínicos ó contra el abuso que no sólo del alcohol, sino de todo, hasta del agua pura y cristalina es dañoso.

Lucien Descaves, tratando de este asunto en *Le Journal*, repite unas frases del profesor Bernheide de Nancy. En el gran mundo, muchas personas bien educadas, por miedo ó por snobismo, no beben más que agua; se abstienen voluntariamente del vino. Esa conducta no está justificada. Debe proscribirse el vino, porque es tóxico tomado a grandes dosis. Tanto valdría proscribir la carne porque contiene ptomainas; los huevos, porque contienen fósforo; la patata, porque contiene solanina; el vinagre, porque contiene ácido acético; y las aguas minerales, porque en ellas

hay azufre y arsénico. Así es; y en definitiva, si el criterio antialcoholista se extendiera, nos veríamos imposibilitados de comer, beber y arder, de vivir, en suma, ya que la vida es poco más que esas tres cosas convenientemente combinadas.

Se impone, pues, y con apremio, la reacción; los franceses, a quienes molesta, naturalmente, que su gallo esté triste, quieren alegrarle y comienzan a hacer el elogio del vino. Sin llegar a la fórmula de Lancelotti, que tolera a cada individuo dos litros diarios de vino, hacen tema de su bandera la del norteamericano Atwater, que deja aquella dosis en la mitad, y añaden a los vicios «un hombre un fusil» y «un hombre un voto», el novísimo «un hombre un litro», que no sería innecesario ni mucho menos en la lista de los derechos individuales imprescriptibles é inalienables.

Y este es el nudo del problema, más aún para nosotros que para los franceses. Aquí, donde por imitarlo todo se ha tratado también de imitar a destiempo las Sociedades de templanza, sería mejor que nos preocupáramos de ver cómo es posible que cada ciudadano tenga su litro correspondiente, y con él otras cosas tan necesarias como el agua, aunque tenga ptomainas, y huevos, aunque tengan fósforo, y más aún cuanto más fósforo tengan.

El alcohol es, en efecto, una causa de degeneración y de miseria orgánica; pero sólo en los borrachos y los borrachos en España, aun siendo muchos, son infinitamente menos que los hambrientos, y el hambre es un veneno orgánico, un veneno social infinitamente más virulento que el alcohol; por virulento que éste sea.

La fórmula «un hombre un litro», aplicada en nuestro país le modificaría profundamente, tan profundamente que al cabo de un par de años no habría quien nos conociera; andaríamos gordos y lucidos, alegres y satisfechos, ganaríamos en actividad, que es fuente de dinero y en dinero que es hijo de la actividad y el nido del alcohol, como de todos los excitantes usados como puer y medida, y podríamos coronar de pámpanos a la matrona con que nos retratan en las alegorías, sin que nadie tomara a mal el aditamento.

Pero esa fórmula es, naturalmente, irreizable mientras no varíen las condiciones económicas en que vivimos; dar a cada hombre lo necesario, vino ó pan, carne ó huevos, es hoy por hoy imposible; para que dejara de serlo sería necesario trabajar mucho y con mucha fe; por eso es la última que se pierdan las fuerzas en tareas de menes importunidad, y que del uso del alcohol atendamos más al aspecto patológico que al fisiológico. Bueno es que curemos a los enfermos, pero es mejor que coloquemos a los sanos, que son los más y los más fuertes, en las mejores condiciones para que no lleguen a enfermar.

Gran problema es el del alcoholismo, es más urgente el de la alimentación; es lamentable que algunos beban demasiado, pero es más lamentable aún que haya quien no lo tome.

COLOMBINE

UN HOMBRE, UN LITRO

Los franceses han descubierto ahora, un poco tarde quizás, que su raza está en camino de perder dos cualidades encantadoras: la fuerza y la virilidad. El gallo galo era bebedor de vino, y la falta de moderar caro a los divinos dioses que sabían hacerlos humanos por sus vicios, hace de su canto, antes resonante y bello, como las notas agudas y brillantes de un clarín de guerra, un canto lúgubre, monótono, con dejos de salmodia. Francia se entristece, y culpable de ello son las Sociedades de templanza que, excediéndose en su misión redentora, se han permitido lanzar al mar puro regocijo de Neptuno la llave de las bodegas galas.

Nadie debe en Francia, nadie, sino los alcohólicos a quienes la propaganda contra el alcohol pretende curar; el remedio preconizado desde tantos pulpitos, no es remedio, y produce, en cambio, una nueva enfermedad. La melancolía lleva también como el alcohol a la locura, y si al cabo hemos de parar en poner un manicomio en cada esquina, más vale que lleguemos a sus puertas cantando y riendo que no gimiendo y llorando. Mejor es que el gallo francés enloquezca de abito, que no de ayuno; si al fin ha de morir, cuanto más alegre viva, menos nos entristecerá; *cras enim morietur*, dijo el sabio; pero antes y por eso es necesario beber, reír y cantar.

La fisiología, ¿quién lo duda?, es una gran ciencia; pero los fisiólogos no son tan indistintamente unos grandes sabios; no hay que tomar sus enseñanzas como dogmas, ni menos hay que extremarlas para convertir las en norma de vida; suelen los cultivadores de la biología contradecirse, y en tal situación lo prudente es colocarse en el socorrido término medio: ni dejar que la embriaguez crónica nos ponga en camino del *delirium tremens*, ni privarnos de beber y ponernos por templados a dos dedos de la hipocondría; es decir, hacer lo que a cada uno pudo dictarle su sana razón sin mezcla de ciencia aludida.

En esto, como en todo, está por cima de todas las filosofías humanas la noble ciencia del sentido común.

Cierto que los fisiólogos no son culpables de lo que en Francia ocurre; ninguno de ellos aconsejó, y menos de un modo rotundo y terminante, la proscripción del vino; y si los franceses dejan ahora sus copas llenas y prefieren al sagrado néctar de las cepas las aguas minerales, más es por influjo de la tiranía moda, que también ejerce dominio en los campos de la medicina y de la higiene, que por méritos de consejos sabios y prudentes.

La afirmación rotunda de Duclaux, que revolucionó por el momento a los franceses no es nueva; y si se examina su fe de bautismo, se verá que es coetánea de su antagonico; el alcohol es un alimento—dice Duclaux,—y eso debió decirse por primera vez cuando alguien, con sobrada razón, afirmó categóricamente que el alcohol era un veneno.

Y es claro que una contradicción entre uno y otro teorema; cosa análoga pudo darse en casi todas las fuerzas naturales de cuyo ordenado flujo resulta la vida: del calor mismo, sin el cual la vida es imposible; pero que mata cuando llega más allá del punto extremo que cada ser puede resistir. Lo difícil está en precisar ese punto, y en tener voluntad suficiente para mantenerse lejos del alcohol que se empuja en atraernos.

Ningún argumento de los formulados contra el alcohol va en definitiva contra el alcohol mismo, a lo menos contra el alcohol de vino, el único alcohol aunque la ciencia en sus afanes taxonómicos y de último análisis, diga otra cosa; van contra los falsos alcohólicos, contra los alcohólicos quínicos ó contra el abuso que no sólo del alcohol, sino de todo, hasta del agua pura y cristalina es dañoso.

Lucien Descaves, tratando de este asunto en *Le Journal*, repite unas frases del profesor Bernheide de Nancy. En el gran mundo, muchas personas bien educadas, por miedo ó por snobismo, no beben más que agua; se abstienen voluntariamente del vino. Esa conducta no está justificada. Debe proscribirse el vino, porque es tóxico tomado a grandes dosis. Tanto valdría proscribir la carne porque contiene ptomainas; los huevos, porque contienen fósforo; la patata, porque contiene solanina; el vinagre, porque contiene ácido acético; y las aguas minerales, porque en ellas

hay azufre y arsénico. Así es; y en definitiva, si el criterio antialcoholista se extendiera, nos veríamos imposibilitados de comer, beber y arder, de vivir, en suma, ya que la vida es poco más que esas tres cosas convenientemente combinadas.

Se impone, pues, y con apremio, la reacción; los franceses, a quienes molesta, naturalmente, que su gallo esté triste, quieren alegrarle y comienzan a hacer el elogio del vino. Sin llegar a la fórmula de Lancelotti, que tolera a cada individuo dos litros diarios de vino, hacen tema de su bandera la del norteamericano Atwater, que deja aquella dosis en la mitad, y añaden a los vicios «un hombre un fusil» y «un hombre un voto», el novísimo «un hombre un litro», que no sería innecesario ni mucho menos en la lista de los derechos individuales imprescriptibles é inalienables.

Y este es el nudo del problema, más aún para nosotros que para los franceses. Aquí, donde por imitarlo todo se ha tratado también de imitar a destiempo las Sociedades de templanza, sería mejor que nos preocupáramos de ver cómo es posible que cada ciudadano tenga su litro correspondiente, y con él otras cosas tan necesarias como el agua, aunque tenga ptomainas, y huevos, aunque tengan fósforo, y más aún cuanto más fósforo tengan.

El alcohol es, en efecto, una causa de degeneración y de miseria orgánica; pero sólo en los borrachos y los borrachos en España, aun siendo muchos, son infinitamente menos que los hambrientos, y el hambre es un veneno orgánico, un veneno social infinitamente más virulento que el alcohol; por virulento que éste sea.

La fórmula «un hombre un litro», aplicada en nuestro país le modificaría profundamente, tan profundamente que al cabo de un par de años no habría quien nos conociera; andaríamos gordos y lucidos, alegres y satisfechos, ganaríamos en actividad, que es fuente de dinero y en dinero que es hijo de la actividad y el nido del alcohol, como de todos los excitantes usados como puer y medida, y podríamos coronar de pámpanos a la matrona con que nos retratan en las alegorías, sin que nadie tomara a mal el aditamento.

Pero esa fórmula es, naturalmente, irreizable mientras no varíen las condiciones económicas en que vivimos; dar a cada hombre lo necesario, vino ó pan, carne ó huevos, es hoy por hoy imposible; para que dejara de serlo sería necesario trabajar mucho y con mucha fe; por eso es la última que se pierdan las fuerzas en tareas de menes importunidad, y que del uso del alcohol atendamos más al aspecto patológico





